

LOS NOMBRES DE AMÉRICA LATINA

Cada uno de los nombres que ha recibido a lo largo de la historia la región que abarca los territorios al sur de Río Bravo responden a una época y un contexto particular; expresa las búsquedas de identidad pero también los proyectos políticos en pugna. La lucha por los conceptos y los nombres es fundamentalmente una lucha política, puesto que detrás de cada vocablo, subyace una forma determinada de concebir a la región y a los pueblos que en ella habitan.

La historia de la búsqueda de un nombre para esta región comienza con la Conquista europea en 1492. Hasta aquel momento, los pueblos que habitaban el territorio —caracterizados por la heterogeneidad étnica, lingüística, social, cultural y política— tenían diferentes maneras de llamarlo. Pero el «otro» europeo buscó una voz para denominar al conjunto de los habitantes con los que se encontraron:

Teodoro de Bry, *El Nuevo Mundo llamado América*, 1596.





Juan Pablo Viscardo y Guzmán.

comenzaron a ser llamados «indios». El «Nuevo Mundo» o las «Indias occidentales», como fue llamado en primera instancia, terminaron por ceder lugar al vocablo que se impuso, junto a la dominación colonial por parte de las potencias europeas: América.

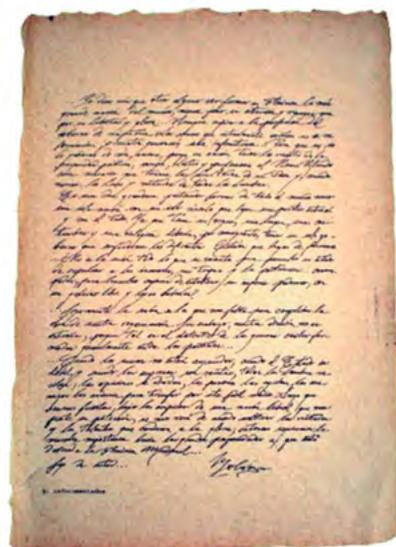
A fines del siglo XVIII, en la etapa previa a las luchas por la emancipación, comenzó la búsqueda de un nombre distinto para las colonias españolas. La definición de españoles-americanos utilizada en esta época, tal como aparece en los escritos del jesuita Juan Pablo Viscardo en 1792, indica el inicio de este proceso. Pocas décadas después, durante las guerras de la Independencia, surgieron otros apelativos tales como Nuestra América, Colombia, Hispanoamérica; la insistencia de los libertadores —tales como Francisco de Miranda, José de San Martín y Simón Bolívar— en adoptar un nombre para toda la región expresaba la preocupación por evitar la disgregación de las antiguas colonias españolas. Pero, al desatarse las guerras intestinas que trajo como consecuencia el desmembramiento de América, este horizonte identitario compartido fue socavado y lentamente reemplazado por la construcción de las diversas nacionalidades (argentinidad, chilenedad, peruanidad, etc.), creadas al calor de la formación de los Estados nacionales que hacia fines del siglo obtuvieron un carácter oligárquico y dependiente. Cada país adoptó un nombre distinto, lo que expresaba la necesidad de construir identidades nacionales hasta el momento, inexistentes.

Hacia mediados del siglo XIX, en el marco de la creciente influencia francesa en la región, nació el vocablo que pronto adquiriría hegemonía: América Latina. Esto no impedirá el surgimiento de otros nombres vinculados a las luchas antiimperialista tanto en América Central y el Caribe, como en América del Sur —donde Manuel Ugarte y otros hombres de la generación del 900 resignifican viejos vocablos tales como Hispanoamérica.

La reflexión sobre la historia de los nombres y sobre el carácter de lo americano floreció en diversos ámbitos intelectuales luego de la Primera Guerra Mundial. En plena crisis del liberalismo y el positivismo, y junto con surgimiento de los movimientos antiimperialistas, numerosos pensadores estudiaron esta temática y propusieron nuevas formas de designar al continente. Buscaban construir una matriz propia para analizar la realidad, quebrando con el europeísmo y el colonialismo pedagógico sufrido hasta entonces. Tal como escribió Haya de la Torre en 1929: «El problema social mundial en nuestra América cobra caracteres muy especiales, fisonomía propia, complejidad y trascendencia muy “americanas”» (Haya de la Torre, 1929).

Este pensar desde aquí, pensar en un contexto nacional, irrumpe con la crisis económica mundial y, por ende, de las estructuras del capitalismo dependiente instaurado en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Algunos de los pensadores que trabajaron en esta línea fueron, en Cuba: Juan Marinello, Fernando Ortiz Fernández, Jorge Mañach; en Brasil: Oswald de Andrade, Tarsila do Amaral, Cavalcanti Portinari, Graca Aranha; en Puerto Rico: Antonio Pedreira, René Márquez, Luis Palés Matos; en Argentina: Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz; en Perú: Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, José Carlos Mariátegui; en Bolivia: Alcides Arguedas; en Chile: Pablo Neruda, Pablo de Roca, Gabriela Mistral, entre otros. En sus reflexiones, más allá de sus diferencias, se contemplan las múltiples identidades americanas: afroamericanos, indígenas, criollos, inmigrantes europeos, expresan la diversidad existente en la región, intrínsecamente mestiza.

Tal como expresó Simón Bolívar en su Carta de Jamaica en 1815: «... no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y



Carta de Jamaica, 1815.

los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento» (Bolívar, Jamaica, 1815). Los nombres que los pensadores de 1920 y de 1930 acuñaron, intentar dar cuenta de esta situación: «Indoamérica», «Afroamérica», «América indo-ibérica», «América indo-española» y hasta la osada propuesta de Haya de la Torre de «ibero-lusitano-franco-África-América» (Haya de la Torre, 1929).

En la actualidad, si bien conviven muchos de estos vocablos —y algunos nuevos como «Abya Yala» propuesto por los pueblos originarios—, es innegable que «América Latina», más allá del contexto en el que nació, se convirtió en el concepto con mayor capacidad de sintetizar aquellos rasgos comunes que constituyen los cimientos para continuar el proceso de integración regional. Tal como afirma el pensador brasileño Helio Jaguaribe: «... El elemento cultural, comprendido en determinada época la cosmovisión básica de un pueblo, su lengua y demás medios de significación y comunicación, como el arte y el estilo, sus instituciones y su tecnología, es el principal factor de aglutinación nacional (...) Estas (las naciones) solo se constituyen como tales cuando surge el proyecto político que aspira a fundarlas y mantenerlas. Las solidaridades objetivas son tópicos, por definición, y no implican el proyecto de su preservación. Es el proyecto de vida nacional lo que da a la nación su continuidad en el tiempo y su fisonomía propia, como sujeto e instrumento de acción política» (Jaruaribe, 1961).

La potencialidad de reconocernos latinoamericanos es condición, como dice el autor, para la aparición de un proyecto nacional que pueda sustentar y convertir en proyecto político esta identidad compartida.

ABYA YALA

Hacia 1492, cada pueblo originario denominaba a su territorio de diferentes formas (Tahuantinsuyu, Anauhuac, Pindorama, etc.). Sin embargo, a principios del siglo XXI, a partir de la construcción de un espacio político que se proponía articular la lucha de pueblos originarios de todo el continente, se decidió recurrir al término «Abya Yala» para nombrar a la región.

A pesar de que este nombre ya había sido propuesto por algunos intelectuales, tales como Xavier Albó, fue utilizado formalmente por primera vez en la II Cumbre Continental de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas, realizada en 2004 y ratificado tres años después, en la III Cumbre de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Abya Yala con la conformación de la Coordinación Continental de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas de Abya Yala. Este vocablo es de origen cuna (pueblo originario de la sierra Nevada al norte de Colombia y habitante hoy de la costa panameña) y significa «tierra madura», «tierra viva» o «tierra que florece». Se eligió, porque este pueblo fue pionero en la lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios, puesto que en 1925, protagonizaron una revolución mediante la cual lograron, cinco años después, la autonomía de la comarca de Kuna Yala.

Por este motivo, en la actualidad, más allá de la diversidad étnica y lingüística, los pueblos originarios reconocen que llevan adelante una lucha compartida, una lucha que incluye no solo reivindicaciones sociales y económicas, sino también por la posibilidad de volver a nombrar su tierra con un vocablo propio.



Logo utilizado por *Tawa Inti Suyu Abya Yala*.



Xavier Albó.



Raúl Haya de la Torre.

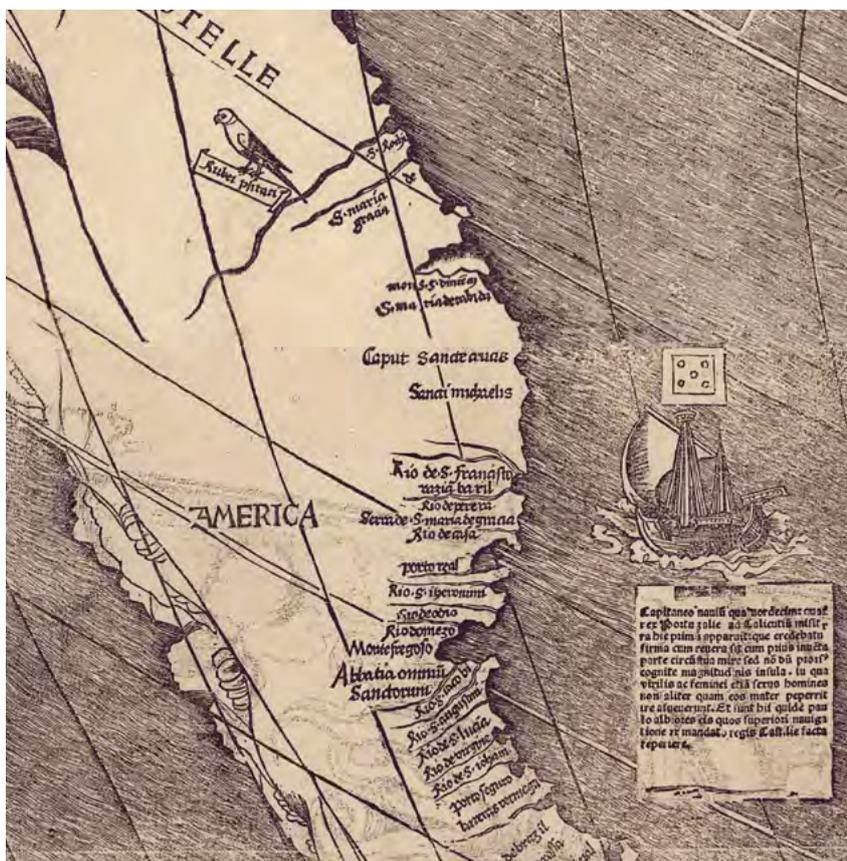
AFROAMÉRICA

Este nombre visibiliza la presencia de los afrodescendientes presentes en la región como consecuencia del sistema esclavista y la trata de esclavos africanos realizada durante la etapa colonial. Raúl Haya de la Torre en 1931 fue uno de los primeros en identificar la ausencia de este grupo —y de otros— en la forma de denominar a América Latina. Frente a esto, planteó que la designación correcta debía ser «ibero-lusitano-franco-África-América». Para el pensador peruano, este nombre compuesto y complejo expresaba la condición mestiza de la región, en la que la población afro tenía sin lugar a dudas un rol fundamental. Tiempo después, el poeta ecuatoriano Jorge Enrique Adoum en su obra *Entre Marx y su mujer desnuda* (1978) también se refirió a la presencia afro bautizando a la región como «Americáfrica». Adriana Lewis-Galanes, por su parte, acuñó el término «Afrohispanoamérica» en su obra *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (1986) para referirse a la literatura negra de América española.

AMÉRICA

El nombre de «América» nació vinculado con la historia transcurrida en las costas venezolanas; sin embargo, no se acuñó allí ni en otro lugar de este continente, sino en una abadía de una pequeña ciudad de Europa llamada Saint Dié. Fue en el Gymnasium Vosegense, un centro de estudios de cartografía, geografía y filosofía, donde, en 1507 por primera vez, se escribió sobre un mapa el nombre «América».

Detalle de Mapa de Waldseemüller, muestra por primera vez la palabra «AMERICA».



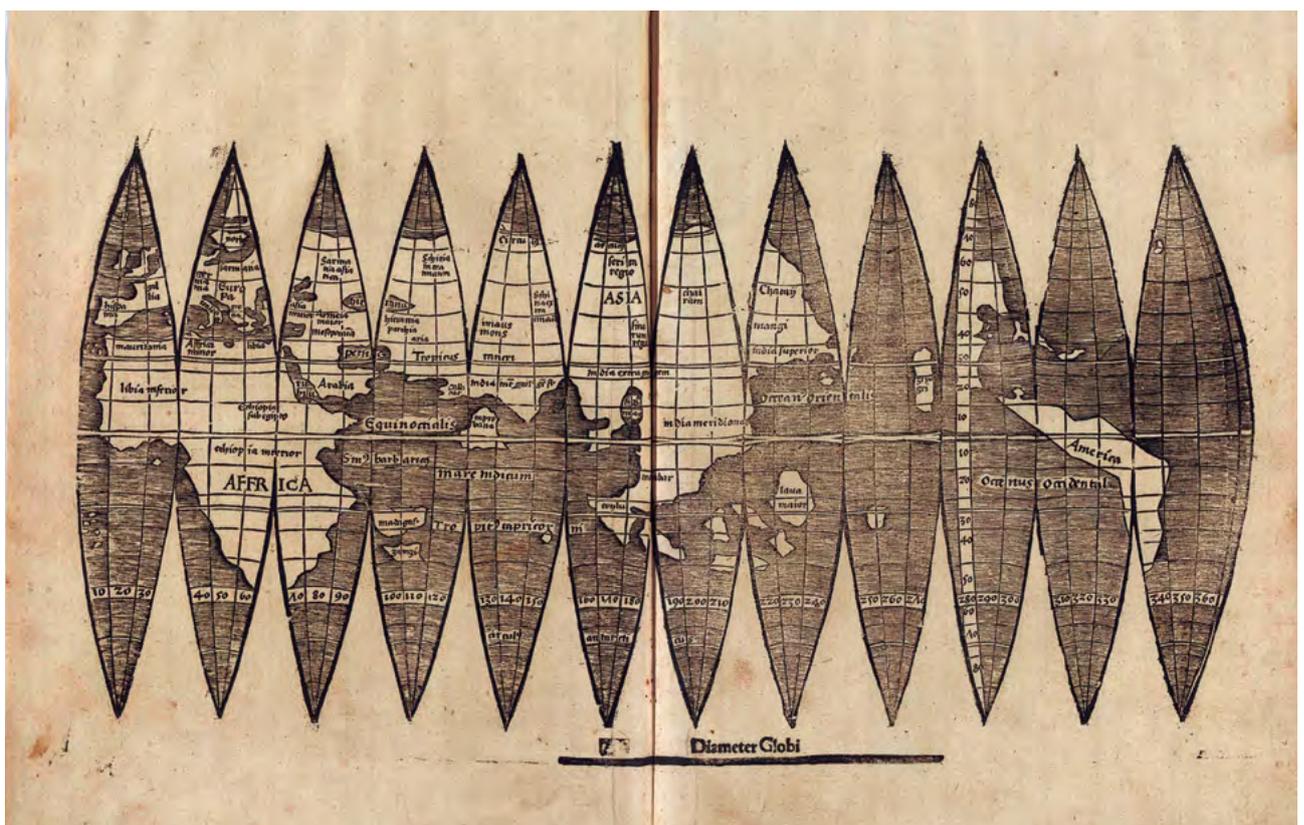
Era el mismo centro del cual habían emergido estudiosos tales como Martin Behaim, Hieronymus Münzer, Johann Stabius y Johann Schoner, herederos de la escuela de Nüremberg. Los monjes que allí residían habían recibido de manos del duque de Lorena Renato II, la versión francesa de los mapas de los cuatro viajes de Américo Vespucci. El territorio encontrado aparecía con el nombre de *Mundus Novus*, pero los monjes consideraron que era más adecuado rebautizarlo «América», derivado de «Amerigie», tierra de Américo. Decidieron que fuera femenino para conservar el género que ya poseían Europa, Asia y África, y así figuró en el mapamundi del monje geocartógrafo Martín Waldseemüller (1470-1555).

En esta obra incluyeron los datos obtenidos por numerosos navegantes y cartógrafos que recorrieron el «Nuevo Mundo», desde Cristóbal Colón, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón, Pedro Alonso Niño, Giovanni Caboto, Álvarez Cabral hasta Américo Vespuccio. Waldseemüller en referencia a la «cuarta parte del mundo» sostiene: «porque la inventó Américo, podríamos llamarla de ahora en adelante Tierra de Américo o América» (Waldseemüller, 1507). Luego amplía: «Y puesto que tanto Europa como Asia han recibido nombres de mujeres, no veo que se pueda objetar a que la nueva tierra lleve el nombre del hombre ingenioso que la descubrió, aplicándosele, por consiguiente el de *Amerige*, tierra de Américo o América» (Waldseemüller, 1507). Este nombre reaparece en el *Globus Mundi declaratio* en Estrasburgo (1509), en el *Mapamundi* de Loys Boulenger d'Alby (1514) y en el de Pedro Apiano (1520). Sin embargo, durante las primeras décadas del siglo XVI no fue el más utilizado ya que existían otras denominaciones que eran más frecuentes. Bartolomé de las Casas (1517), por ejemplo, consideraba más adecuado utilizar el nombre



Mapa portulano atlántico de Juan de la Cosa, realizado en el puerto de Santa María después de la segunda expedición de Colón, manuscrito sobre pergamino y con técnica de portulano, 1500.

Globo terraqueo de Waldseemüller.



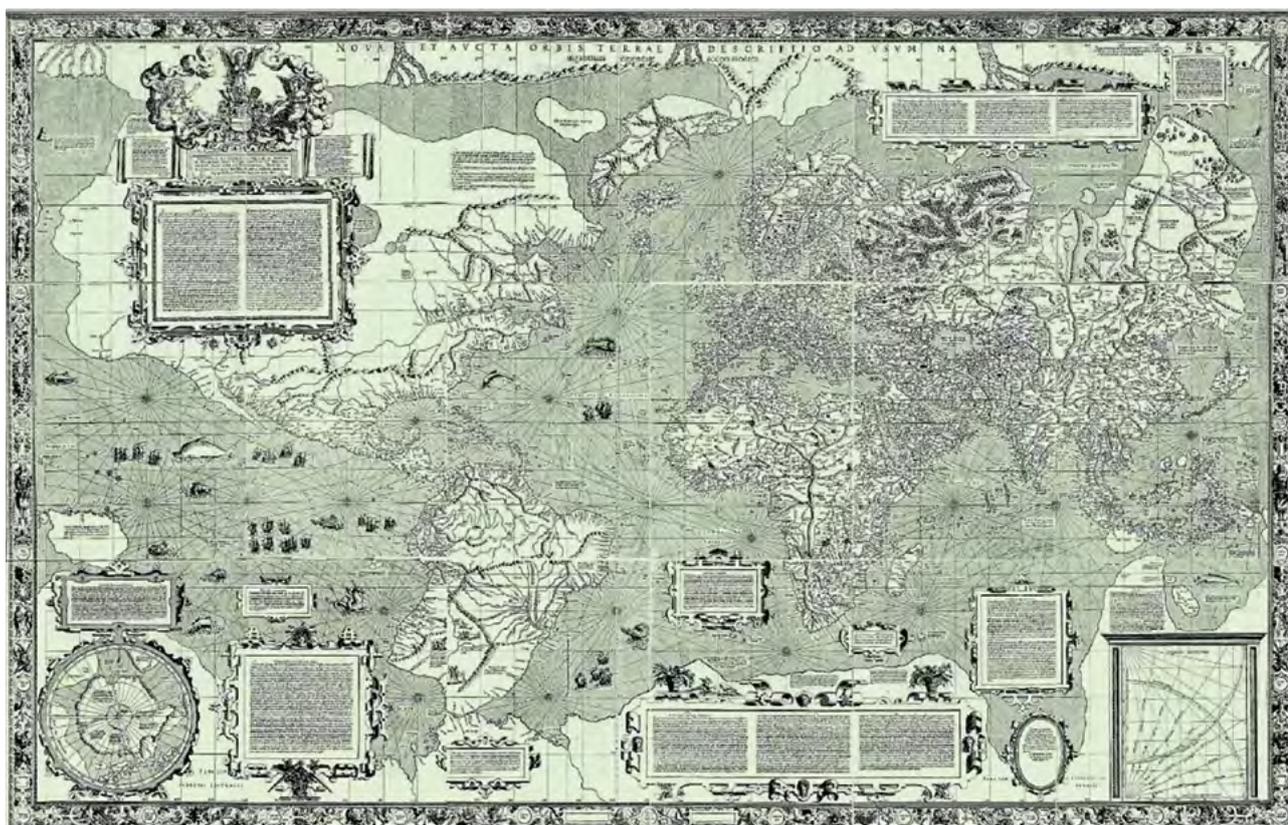


Martin Waldseemüller.

«Tierra de Gracia», e «Ínsula Atlántica», «Terra Nova», «Terra Santa Crucis», «Perú», «Cuba», «Florida» fueron otras de las formas de designar al actual territorio americano. Paradójicamente, el mismo Waldseemüller, luego de conocer la obra de Colón, dejó de utilizar el nombre de América y propuso «Terra Incognita», tal como aparece en el «Mapa del Almirante» o «Mapa de las Terre Nove». Pero esta situación cambió, luego de la aparición de los cartógrafos Gherard Mercator, su hijo Romualdo y sus nietos Gherard y Miguel, quienes utilizaron de manera precisa «América pars meridionalis» y «América pars septentrionalis» en un conjunto de mapas editados en la obra llamada *Atlas sive cosmographicae meditationes de fábrica mundi et fabricati fugura* en 1595, («Atlas» fue nombre tomado del nombre del hijo del Cielo y de la Tierra en la mitología griega). Un año después, Girolamo Porro publicó en Venecia una versión que facilitaba la divulgación geocartográfica que permitió la popularización del nombre que se impuso para esta región. Hay otra teoría —sostenida por Ricardo Palma (1896)— que afirma que el vocablo «América» proviene de la lengua originaria de los pueblos con los que Cristóbal Colón entró en contacto, y que significa «Tierra firme». También, al sostener el origen nativo, Jean Marcou (1875) afirmó que proviene de la voz maya «Amerrique», que significa «tierra donde sopla el viento» y que fue el mismo Américo Vespucio el que se apropió de la palabra indígena y la fusionó con su nombre; pero no existen pruebas suficientes que avalen estas teorías, motivo por el cual se considera que el nombre surgió en aquella abadía de Saint Dié.

Mercator, Gerardus (cuyo nombre verdadero fue Gerard Kremer) (1569). *Aucta Orbis Terrae Descriptio ad Usum Navigantium Emendate Accommodata*.

El término «América», a fines del siglo XVIII, comenzó a ser utilizado para designar a una pequeña región del norte del continente: a las trece colonias inglesas recientemente independizadas. La rápida prosperidad económica



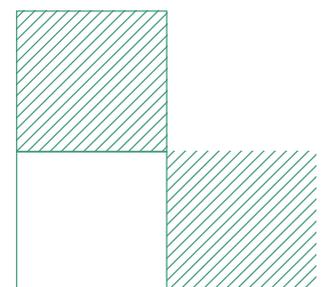
alcanzada, su alto grado de autonomía y autarquía generaron que comenzaran a buscar formas particulares para llamar a lo que hasta ese momento era «la Unión». En forma temprana, Estados Unidos plantea su decisión de apropiarse del vocablo que hasta el momento designaba a toda la región, expresando con esta decisión su potencial espíritu expansionista que se explicitaría en la doctrina Monroe en 1823. Tal fue la aceptación de esta apropiación, que los precursores de la independencia hispanoamericana, como Francisco de Miranda, tuvieron que buscar nuevas formas para denominar el territorio al sur del Río Bravo, como por ejemplo Colombia. Sin embargo, los líderes más importantes de la lucha por la emancipación hispanoamericana rescataron el nombre «América» sin otro agregado para referirse a los pueblos que buscaban arengar. José de San Martín afirmaba «mi patria es América»; Simón Bolívar, por su parte, dirigió muchas de sus proclamas a los «americanos». Ambos consideraban que, más allá de utilizar otros nombres o debatir cuál debía ser la denominación oficial, una vez conformados los nuevos Estados, era un apelativo arraigado en la conciencia popular.

AMÉRICA DEL SUR, AMÉRICA CENTRAL Y AMÉRICA DEL NORTE

Esta clasificación se construye siguiendo un criterio geográfico definido por los puntos cardinales y la posición de los territorios en relación con la línea imaginaria del Ecuador. Los límites elegidos para esta clasificación son: América del Norte se divide de América Central por el istmo de Tehuantepec, y América Central se divide con América del Sur a través del istmo de Panamá. América del Sur ocupa una superficie de 17 800 000 km²; América Central por su parte, ocupa 762 064 km²; y América del Norte 23 752 692 km².

AMÉRICA LATINA

La construcción de esta categoría se debe al expansionismo estadounidense creciente desde mediados del siglo XIX, que es concebido por la región como una verdadera amenaza. El conflicto con Estados Unidos reemplazó la dicotomía con las antiguas metrópolis europeas de las cuales, mayoritariamente, Hispanoamérica se había independizado (salvo Cuba y Puerto Rico). Frente a la presencia sajona, el origen latino compartido se constituyó en un símbolo de la necesidad de la defensa en común. Pero también corresponde al momento en el cual Francia tenía aspiraciones imperiales sobre la región, tal como lo muestra la invasión de Maximiliano a México en 1861, bajo las órdenes de Napoleón III. En una carta, el monarca europeo hacía referencia a la raíz latina de los pueblos en cuestión: «si México (...) con el apoyo de Francia, consolida en él un gobierno estable, habremos devuelto a la raza latina del otro lado del océano su fuerza y su prestigio» (Rojas Mix, 1997, 366). Sin embargo, el peruano Raúl Haya de la Torre (1929), luego de realizar un estudio sistemático sobre el tema, niega la tesis de que el nombre se impuso por iniciativa de Francia. En su análisis, plantea que los protagonistas de la era republicana estaban inmiscuidos por las ideas liberales del país galo, tal como puede observarse no solo en las declaraciones y tratados políticos, sino también en la adopción por parte de muchos de los nuevos Estados de las formas de





Alexander von Humboldt.

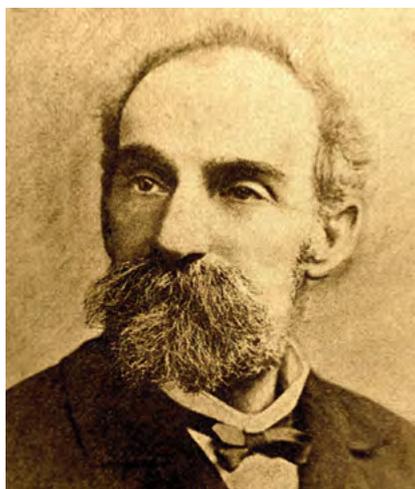
organización político administrativas del país europeo. Esta situación generó que, más allá de los deseos de Francia, existiera en el continente condiciones para la aceptación del término «latino». Las primeras referencias al origen latino compartido se encuentran presentes en la obra de Alexander von Humboldt (1807) y en la de Michel Chevalier (1836). Este último, desde un análisis étnico, diferenció en América dos grandes grupos: las excolonias españolas, portuguesas y francesas, y la América sajona. Francisco Muñoz del Monte (dominicano), Antonio Bachiller Morales (Cuba), Santiago Arcos (Chile) también hicieron referencia a la latinidad, pero ninguno de estos hombres acuñó el nombre que se impondría.

En la misma época continuaba utilizándose el término «Colombia» para hacer referencia al conjunto del territorio hispanoamericano, fundamentalmente como forma de identificar un frente común que pudiera poner freno al expansionismo norteamericano. Durante las décadas de 1850 y 1860, el panameño Justo Arosemena, el neogranadino José María Samper y el portorriqueño Eugenio María de Hostos recurrieron numerosas veces a esta voz. «América Latina» apareció a mediados del siglo XIX, en las obras de dos pensadores que por aquel entonces residían en París: en los escritos del colombiano José María Torres Caicedo (1879) y en la conferencia realizada por el chileno Francisco Bilbao el 24 de junio de 1856 titulada *Iniciativa de América*. Este último, además, titula un poema presentado el 26 de septiembre de 1856 *Las Dos Américas*; en 1861, profundiza su obra en el ensayo *Bases para la Unión Latino-Americana* y, en 1875, en su libro *Mis ideas y principios*, donde se atribuye la paternidad del término en cuestión. Sin embargo, luego de la invasión francesa a México (1861-1867) Bilbao abandonó la utilización de este término, a diferencia de Caicedo, que continuó defendiéndolo a punto tal que en 1879 fundó la Sociedad de la Unión Latinoamericana con el fin de generar un espacio que promoviera la unidad regional.



José Enrique Rodó.

Otro factor que incidió en que el término comenzara a generalizarse fue el cambio de nombre del Estado de Nueva Granada, que en 1861 se convirtió en «Colombia». A partir de allí, «América Latina» se extiende con rapidez entre los pensadores hispanoamericanos: hacia 1870, escritores tales como Juan Montalvo, Carlos Calvo y Eugenio María de Hostos (que había adherido al nombre Colombia) fueron algunos de ellos. También fue utilizado en forma reiterada en el Congreso integracionista de Lima de 1864 y 1865. Hacia fines del siglo XIX, esta tendencia se acentuó, ya que otros autores adoptaron esta expresión, tal fue el caso de José Enrique Rodó y su obra *Ariel* (1900), donde contraponía la latinidad al expansionismo anglosajón representado en Calibán. Pero no solo el uso de este término expresaba el sentimiento antisajón, sino también reflejaba el crecimiento de la influencia de la cultura francesa sobre la intelectualidad americana, en un momento en el cual el hispanismo era fuertemente denostado.



Eugenio María de Hostos.

En síntesis, el término nace como consecuencia del reconocimiento de la historia y de las raíces culturales compartidas por las antiguas colonias españolas, portuguesas y francesas, y supone una tradición cultural y lingüística común, derivada del Imperio romano de Occidente en contraposición a la tradición sajona.

Pero a su vez, lleva implícito el proyecto integracionista de los primeros libertadores. En la actualidad, no solo se refiere a un pasado remoto, sino también a las expectativas de unidad política, económica, cultural, necesarias para continuar las luchas presentes por la emancipación definitiva del territorio al sur del Río Bravo.

COLOMBIA

Este término fue utilizado por primera vez en Estados Unidos, en el marco de las guerras de la Independencia (1776–1783): «Columbia» hacía referencia indistintamente a la nación norteamericana y al continente americano en su conjunto. En Hispanoamérica, el primero en referirse al conjunto del territorio americano con este nombre fue Francisco de Miranda, precursor de la independencia venezolana. Este criollo retomó esta propuesta cuando comenzó la lucha por la emancipación. En 1801, Miranda en una proclama se dirige «a los pueblos del continente colombiano»; en sus cartas también aparece con frecuencia el gentilicio colombiano; en 1806, se autodefinió como «Comandante General del Ejército colombiano»; en 1808, propuso la formación de una república con capital en Panamá llamada Colombo, y dos años después publicó en Londres un periódico llamado *El Colombiano*. Este nombre también apareció en la Constitución aprobada el 21 de diciembre de 1811, luego de la declaración de la independencia de Venezuela. La búsqueda de un término que denominara al conjunto del territorio colonial estaba vinculada con la necesidad de construir este espacio geográfico como «horizonte nacional», ya que la independencia era concebida, tal como lo consideraba Simón Bolívar, en el marco de la unión regional.

En diferentes oportunidades Bolívar también hizo referencia «al continente colombiano», tal como ocurrió el 27 de noviembre de 1812, luego del fracaso de la Primera República de Venezuela, y en su «Manifiesto de Cartagena» del mismo año. En la «Carta de Jamaica» también utilizó el vocablo «Colombia», nombre que adoptó para designar al territorio emancipado, la «Gran Colombia» que desde 1819 a 1830 unificó a Venezuela, Nueva Granada y Quito.

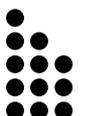
Luego de la disolución de la Gran Colombia, este término continuó utilizándose un tiempo más. El 20 de julio de 1857, Justo Arosemena (Panamá) en un discurso en Bogotá exhortó a retomar los ideales integracionistas del proyecto bolivariano y, en ese contexto, volvió a utilizar este vocablo en el marco de los atropellos estadounidenses en México (1848) y en Nicaragua con la invasión de William Walker, (1855-1856). En 1859 por su parte, José María Samper (Nueva Granada) dio a conocer un ensayo titulado *La Confederación Colombiana* y en 1861, publicó su *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas (Hispano-americanas)*. En Puerto Rico, también surgieron pensadores que utilizaron este término, tal fue el caso de Eugenio María de Hostos, férreo defensor de la independencia de Puerto Rico y de los derechos de la mujer. Pero luego de las guerras civiles y del desmembramiento del territorio americano, este nombre fue adoptado por el antiguo Estado de Nueva Granada en 1861, año en el que dejó de utilizarse para designar al conjunto del territorio, para dar paso a otra denominación en boga por aquel entonces: «América Latina».



Simón Bolívar.

ESPÉRICA

La unión de los vocablos España y América dio origen a este vocablo que acuñó Ramón de Basterra en su artículo «El nacionalismo mundial», publicado en *Revista de las Españas* en 1928. Este nombre designaba a España, Hispanoamérica y Filipinas.



ESTADOS DESUNIDOS

Francisco Bilbao y Salvador de Madariaga lo utilizaron para contraponer la situación geopolítica de los Estados Unidos de Norteamérica. Este nombre dejaba en evidencia el proceso de desmembramiento territorial y político que sufrió la región a lo largo del siglo XIX, consecuencia de la derrota de los proyectos unionistas de los libertadores en el marco de las luchas por la emancipación. En 1864, en el marco del conflicto hispano-peruano, el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Álvaro Covarrubias, escribe en una nota al embajador de España: «Las repúblicas americanas de origen español forman en la gran comunidad de las naciones, un grupo de Estados Unidos entre sí por vínculos estrechos y peculiares. Una misma lengua, una misma raza, formas de gobierno idénticas, creencias religiosas y costumbres uniformes, multiplicados intereses análogos, condiciones geográficas especiales, esfuerzos comunes para conquistar una existencia nacional e independiente: tales son los principales rasgos que distinguen a la familia hispanoamericana. Cada uno de los miembros de que esta se compone ve más o menos vinculado su próspera marcha, su seguridad e independencia a la suerte de los demás. Tal mancomunidad de destinos ha formado entre ellos una alianza natural, creándoles derechos y deberes recíprocos que imprimen a sus mutuas relaciones un particular carácter. Los peligros exteriores que vengan a amenazar a alguno de ellos en su independencia o seguridad, no deben ser indiferentes a ninguno de los otros; todos han de tomar parte en semejantes complicaciones, con interés nacido de la propia y la común conveniencia» (Rojas Mix, 1997). De esta manera, en contraposición a la definición de los «Estados Desunidos», aparece el término «Estados Unidos» para referirse a los pueblos latinoamericanos.

HISPANDAMÉRICA O AMÉRICA HISPÁNICA

Este término define a la región conquistada por España. En diferentes momentos de la historia, fue utilizado por quienes buscaban revalorizar el vínculo con la antigua metrópoli, con su cultura y su religión católica, por considerar que constituía el cimiento de una potencial unidad. También fue utilizada por aquellos que querían remarcar las diferencias con Estados Unidos del Norte, como forma de construir una identidad que pudiera hacer frente a los atropellos de la potencia. Los libertadores que protagonizaron las luchas por la independencia a principios del siglo XIX utilizaron este término. Entre ellos, Simón Bolívar y José de San Martín, quienes se referían a los «hispanoamericanos» en forma indiferentes con la denominación de españoles-americanos. Pero la situación cambió una vez finalizadas las guerras de la Independencia, cuando los conflictos con España continuaban presentes. En la medida en que la potencia conservaba dos puntos estratégicos (Cuba y Puerto Rico) e intentaba recuperar sus viejas colonias —con la invasión de las islas Chinchas en la costa peruana y el bombardeo de Valparaíso en 1865—, la búsqueda de nombres que permitieran enfatizar la ruptura con el país europeo se hicieron más frecuentes. Autores como Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Vicente F. López, Juan M. Gutiérrez, José Lastarria, Andrés Lamas, Ignacio M. Altamirano, José María Luis Mora, entre otros, encarnaron estos posicionamientos. En este contexto, comenzó



a fortalecerse el concepto de «América Latina», en consonancia con la creciente influencia de la cultura francesa y el crecimiento del sentimiento antihispanista de las clases que se erguían como dominantes. Pero hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en el terreno del pensamiento político se produjeron profundos cambios. La irrupción de la llamada «Generación del 900» permitió el surgimiento de diferentes pensadores que reivindicaron el carácter hispanoamericano de la región. Pero en aquella época, no todos lo hacían desde los mismos posicionamientos ideológicos: algunos querían reivindicar la religión católica desde una postura nacionalista conservadora y otros, por el contrario, resaltaban los rasgos culturales en común a fin de enfatizar en la existencia de rasgos concretos que permitieran la integración y la concreción de un proyecto socialista regional, como es el caso del argentino Manuel Ugarte. Este último pensador publicó diferentes obras y artículos, en los cuales utilizó este vocablo: *Los hispanoamericanos en el salón* (13/06/1901), *La joven literatura hispanoamericana* (1906), *Campaña hispanoamericana* (1922).

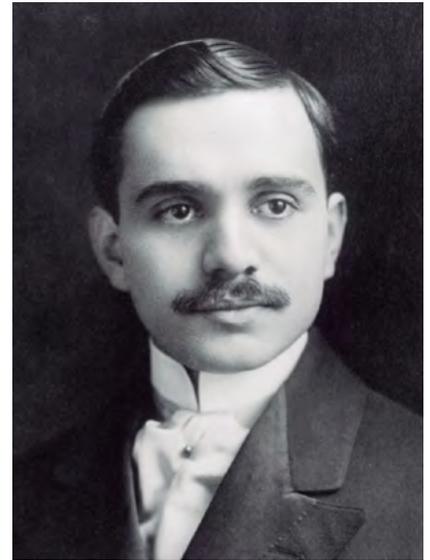
En esta última obra, narró la experiencia de su viaje por la región, donde brindó numerosas conferencias con el objeto de realizar un llamamiento a la unidad regional. Estaba convencido de que la consciencia de los pueblos favorable a la unidad sería el factor que realmente lo permitiría: «creemos de hecho en los pueblos lo que luego los gobiernos harán de derecho» (fuente). Para Ugarte, el nombre de «Hispanoamérica» resaltaba la importancia de la lengua compartida, que funcionaba como él como argamasa cultural. En el proyecto político de Ugarte, la unidad hispanoamericana era clave para poder avanzar hacia la liberación social y hacia la construcción del socialismo que debía respetar las particularidades de cada lugar y, por ende, ser nacional y latinoamericano. Otro pensador de la «Generación del 900», Pedro Henríquez Ureña, utilizó también esta denominación en su obra *Las corrientes literarias de América hispánica y en Historia de la cultura en América hispánica*.

Poco tiempo después en la década de 1930, el término cobró relevancia, pero en esta ocasión de la mano de grupos nacionalistas conservadores —muchos de ellos simpatizantes del franquismo—, como una forma de reivindicar el pasado colonial, donde la religión y el orden eran vistos como los principales baluartes que debían ser recuperados en el contexto de la época donde primaba la crisis, la amenaza del comunismo (el fantasma rojo) y los enfrentamientos bélicos generalizados.

La definición clásica de «Hispanoamérica» fue cuestionada por el pensador brasileño Gilberto Freyre, quien argumentó que no solo incluía a las antiguas colonias españolas, sino también a las portuguesas, ya que «Hispania» era el nombre romano que designaba tanto a España como a Portugal. En este sentido, «Hispanoamérica» no sería más que un sinónimo de «Iberoamérica».

IBEROAMÉRICA O HISPANLUSO-AMÉRICA

El término define a los territorios que fueron conquistados por los dos principales Estados de la Península Ibérica: Portugal y España (en un primer momento el Reino de Castilla). Incluye a los pueblos al sur del Río Bravo, es decir de México a la Argentina, exceptuando a las excolonias francesas e inglesas. Luego de la batalla de Ayacucho (1824), en la cual finalizó el proceso de emancipación, España reafirmó su voluntad de recuperación de sus colonias, mediante el impulso



Manuel Ugarte.





Logo de la Organización de Estados Iberoamericanos.

de diversas incursiones militares. En este marco, para justificar su acción, los españoles utilizaron como forma para denominar la región «Hispanoamérica» e «Iberoamérica»; esta última fue la predilecta.

Ya en el siglo XX, el término «Hispanoluso-américa» fue utilizado en el XIX Congreso de Pax Romana en 1946, realizado en Salamanca, bajo la España franquista, en el marco de la propuesta de la fundación del Instituto Cultural Iberoamericano. Nucleaba representantes del anticomunismo y del catolicismo que se apoyaba en la política del Vaticano. Este espacio, fuertemente conservador, convocó a representantes de todos los países de Hispanoamérica, con excepción de Costa Rica, Honduras y República Dominicana.

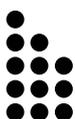
Este término «panibérico» resurgió a fines del siglo XX, cuando desde 1991 comenzaron a realizarse las cumbres iberoamericanas —en el marco de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI)—, en los cuales participaron diecinueve países de América Latina más España, Portugal y Andorra (este último incorporado en 2004). En este marco, el rey de España Juan Carlos I planteó que el término «Iberoamérica» se refería no solo a las excolonias americanas, sino también a los estados europeos que integraban la Cumbre. En los últimos años, el espacio ha sido escenario de conflictos, ya que la negativa ante el pedido de la incorporación de Cuba generó la ausencia de los países integrantes del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) en 2013. A pesar de esto, la OEI lleva adelante múltiples acciones —fundamentalmente, de tipo social y cultural— en los países de la región.

INDIAS OCCIDENTALES

Fue una de las primeras denominaciones del actual territorio americano y nació como resultado de un equívoco. Cuando Cristóbal Colón arribó a esta región, entendió que había cumplido su objetivo y que se encontraba en Asia, en las tierras del gran kan. Denominó a sus habitantes «indios», vocablo que pronto se generalizó y se impuso sobre los nombres y las identidades originarias de los numerosos pueblos que allí vivían. Las «Indias Occidentales» formalmente pasaron a llamarse «Provincias de Ultramar» dependientes de la Corona de Castilla, pero en diversas instituciones creadas por la monarquía para gobernar este territorio, apareció esta denominación, como en el caso del Consejo de Indias, las Leyes de Indias y el Archivo de Indias. Además, el español que residía un tiempo en el Nuevo Mundo era llamado «indiano».

INDOAMÉRICA, AMÉRICA INDO-IBÉRICA, AMÉRICA INDO-ESPAÑOLA

Fueron conceptos acuñados en América Latina después de la Primera Guerra Mundial, momento en el que comenzaron a gestarse movimientos ideológicos y políticos antiimperialistas, que se propusieron reflexionar sobre el pasado y el futuro americano y, en particular, sobre la conformación de la identidad cultural y política de los pueblos de la región. Perú fue pionero de este proceso: socialismo, indoamericanismo, frente de liberación nacional, fueron algunos de los ejes del debate en 1920. El fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), Raúl Haya de la Torre, dedicó varios estudios a

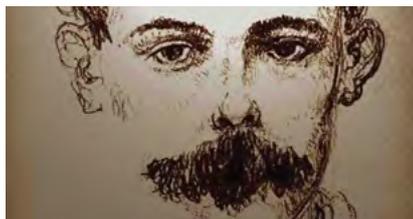


trabajar sobre el nombre de la región, criticando el uso de los términos «hispanoamericanismo» o «iberoamericanismo» por referirse «al pasado, a una América exclusivamente española o portuguesa, e implicaban el desconocimiento de las influencias posteriores a la colonia» (Haya de la Torre, 1931). También analizó el término «América Latina», afirmando que «son más amplios y modernos (...) ya que abarcan lo español, lo portugués sin excluir lo africano, por la incorporación de Haití que habla francés, a nuestra gran familia continental» (Haya de la Torre, 1931). Con respecto al «panamericanismo», denunció que «es la expresión imperialista yanqui». En síntesis, para este autor, el «hispanoamericanismo» es propio de la época colonial, el «latinoamericanismo» de la época republicana y el «panamericanismo», expresión del expansionismo norteamericano. Por esto, propuso el término «Indoamérica», ya que «comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo cósmico —digamos, recordando a Vasconcelos— manteniendo su vigencia frente al porvenir» (Vasconcelos, 1921). Haya de la Torre, en su obra *Construyendo el aprismo* afirmó: «La influencia del indio sobre las Américas es indiscutible. El subcontinente indio vive en todos nosotros (...) la idiosincrasia moderna de nuestros pueblos tiene mucho de aquella de los habitantes autóctonos de América» (Haya de la Torre, 1931). La nueva generación debía adoptar este término para referirse a Nuestra América, tal como Haya de la Torre afirmaba, parafraseando a José Martí. Si bien no niega la existencia de los europeos (sajones e ibéricos), de los afroamericanos ni de los asiáticos, considera que la fuerza de trabajo del indio pervive y «la base étnica de nuestros pueblos es aun definitivamente indígena» (Haya de la Torre, 1931). Haya de la Torre señalaba la importancia de la Revolución mexicana de 1910, ya que era ejemplo del protagonismo de los pueblos indígenas en los procesos revolucionarios. Pero, para este pensador peruano, Indoamérica no dejaba de lado la presencia de los pueblos latinos —españoles, portugueses y franceses— ya que reconocía que el vocablo «América» era de origen latino y derivaba del navegante Américo Vespucio.

José Carlos Mariátegui (1928), pensador y político peruano, acuñó el término «América indo-ibérica» y «América indo-española», también haciendo referencia a la presencia de los indígenas en la región. Mariátegui planteaba que la revolución debía realizarse con el protagonismo de los pueblos originarios, pero bajo la conducción del proletariado industrial. Sostenía además, que debía constituirse un frente antiimperialista integrado por estos sectores, pero a diferencia de otros planteos de la época, para él no existía una burguesía nacional capaz de sumarse al proyecto emancipador. En la acuñación de este nombre, se expresaba la presencia de la utopía andina, ya que proponía el retorno a la organización comunitaria del *ayllu* mediante la realización de una reforma agraria que reconociera la propiedad colectiva de la tierra, propio de la cosmovisión de los pueblos originarios. En este marco, planteaba su proyecto socialista entendiendo que debía ser latinoamericano, «ni calco ni copia», para encarnar la verdadera forma del antiimperialismo: «... nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que solo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera» (Mariátegui, 1929). Estas ideas las expresó en diferentes obras, entre las que se destacan *siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1928) y *la Revista Amauta* (1928-1929). Algunos años después en 1949, el colombiano Germán Arciniegas, en un artículo titulado «Las cuatro Américas» publicado en *Cuadernos Americanos*, también propuso el uso de la denominación



José Carlos Mariátegui.



José Julián Martí Pérez.

«América indo-española» para diferenciarla de las otras tres subregiones del continente: Brasil, Canadá y Estados Unidos; el mismo autor también acuñó el término «América ladina», en referencia a los «ladinos», indígenas que hablaban castellano.

Existen otros vocablos vinculados que hacían referencia a la presencia de los pueblos originarios, tales como *Amerindia* (Powell, 1895), *Eurindias* (Ricardo Rojas, 1924), *Raza cósmica* (José Vasconcelos, 1925), utilizados para señalar el carácter mestizo de la región; sin embargo, tuvieron menor difusión.

NUESTRA AMÉRICA O MADRE AMÉRICA

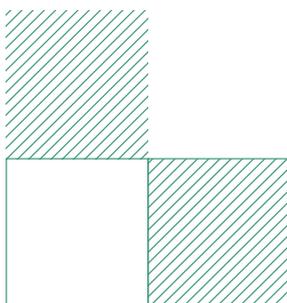
Fueron términos acuñados por José Martí (1891), héroe de la gesta independentista cubana, en el marco de la última lucha contra el Imperio español. Si bien Martí también solía hablar de «América Latina», solo lo hacía cuando quería definir la unidad cultural y lingüística de la región. La búsqueda de un nuevo nombre para la región estaba vinculada con la lucha contra España, pero también con la denuncia que él realizaba del expansionismo norteamericano.

Si bien Martí recurrió a este término, «Nuestra América» ya había sido utilizado por Francisco de Miranda, quien había declarado: «Con estos auxilios podemos seguramente decir que llegó el día, por fin, en que, recobrando nuestra América su soberana independencia, podrán sus hijos libremente manifestar el universo sus ánimos generosos» (Funes, 1996). En la utilización del «nosotros», está implícita la exclusión de los «otros», tanto en Martí como en Miranda, los «otros» eran los norteamericanos independizados. En el caso de Miranda, el «nosotros» además hacía referencia solo una parte de la sociedad colonial: los blancos, criollos e hispanoparlantes; quedaban excluidos otros grupos étnicos con pertenencias lingüísticas y culturales diferentes. Simón Bolívar redefine el «nosotros» mediante dos negativas, en su «Carta de Jamaica» enunciará: «no somos europeos, no somos indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles» (Bolívar, Jamaica, 1815), es decir, el mestizaje distingue para él a esta patria naciente.

Martí, por su parte, también redefine el «nosotros», desde el cual expresa: «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores» (Martí, 1891). Negros, pobres, mestizos y mulatos estaban convocados a la lucha revolucionaria no solo contra España sino también contra el vecino del norte, Estados Unidos. Martí sintetizó sus ideas en la obra *Nuestra América* (1891), donde expuso los fundamentos de su latinoamericanismo con fuerte anclaje en la tradición bolivariana, destacando los elementos culturales compartidos, pero reconociendo también la diversidad.

En la ella, denunciaba la colonización cultural, exhortando a los pueblos a que construyeran su propia mirada: «Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano (...). Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural (...). El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza» (Martí, 1891).

Ya avanzado el siglo XX, otros pensadores que retomaron la tradición martiana acuñaron nuevos nombres y gentilicios, tal fue el caso de Germán



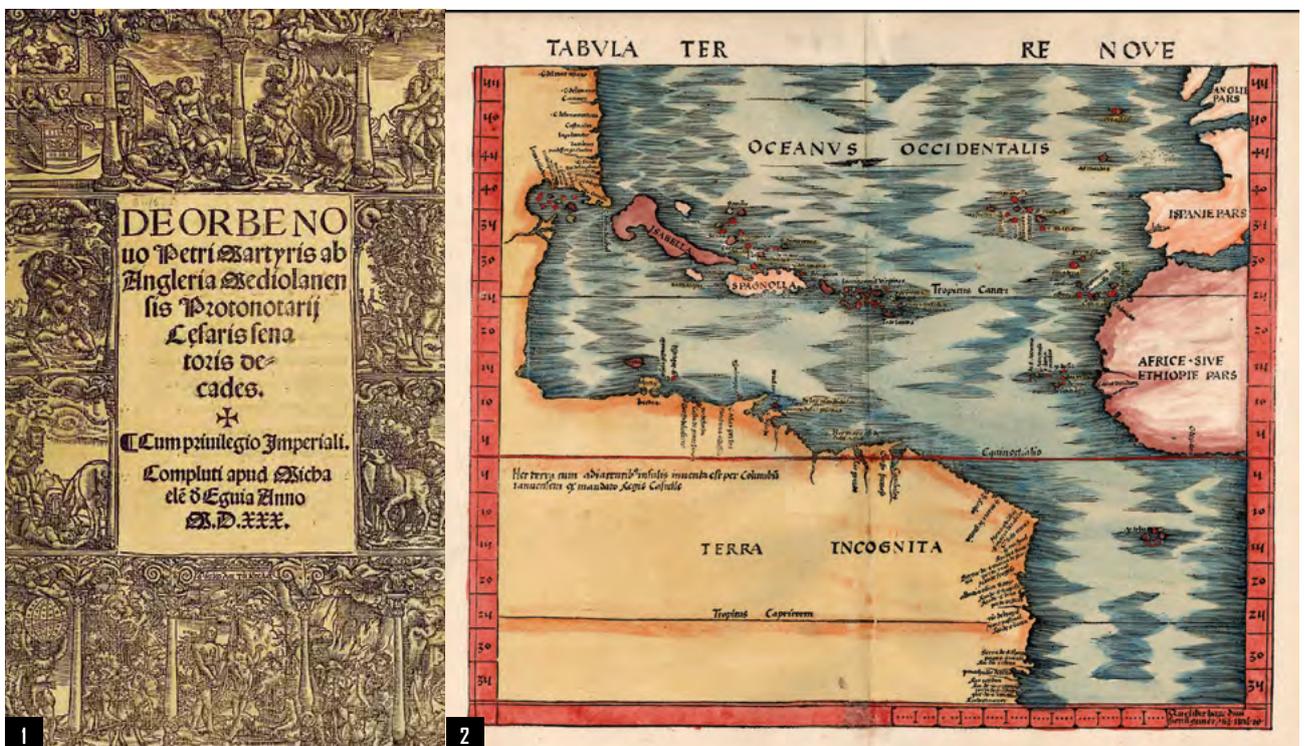
Arciniegas (1965) y Horacio Cerutti Guldberg (2000) que utilizaron el gentilicio «nuestroamericanos», y Hugo Biagini (2000), por su parte, propuso utilizar el término «Nuestramérica».

NUEVO MUNDO

Hace referencia a la forma en la cual los europeos llamaron a la región después del arribo de Cristóbal Colón en 1492. Américo Vespucio, navegante y cosmógrafo italiano, bautizó así al territorio en cuestión en una carta de 1502, y fue el nombre que utilizó en la cartografía que realizó. El adjetivo utilizado por el «piloto mayor» tenía una connotación comparativa en relación con el Viejo Mundo que, desde la mirada eurocéntrica, era el centro universal. Este término hacía referencia a un territorio que «no había sido antes», concepción que abrió la posibilidad de planear allí diversos proyectos utópicos de la construcción de una sociedad distinta, carente de los conflictos que acechaban a la Europa renacentista. En palabras de Cervantes: «El Nuevo Mundo es el refugio de los desesperados del Viejo». En el marco de la creencia de estar frente a una región que acababa de nacer, se delinearón entonces múltiples caracterizaciones de esta tierra considerada bendita: era el mundo de los justos, el Paraíso terrenal, donde existía la fuente de la juventud. Estas ideas se encontraban presentes en gran cantidad de obras publicadas a principios del siglo XVI, como por ejemplo en *Décadas de Orbe Novo*, de Pedro Mártir de Anglería. A pesar



Pieter Claeszca, Retrato de Amerigo Vesputi, ca.1650.



1. De Orbe Novo Petri Martyris ab Angleria Mediolanensis.
2. Mapa de la *Terra Nova* dibujado por Waldseemüller en 1513. Muestra la continuidad del litoral entre el norte y el sur de América más las islas del Caribe.

del surgimiento de otras denominaciones, esta expresión continuó utilizándose por más de un siglo, tal como lo evidencian diversas obras que llevan en sus títulos este apelativo, como es el caso de *El paraíso en el Nuevo Mundo. Comentarios apologéticos. Historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano de León Pinel* (siglo XVII).

PANAMÉRICA

Comenzó a ser utilizado a fines del siglo XIX, en el marco del expansionismo norteamericano hacia México, América Central y el Caribe. Se enmarcó en la tradición del «destino manifiesto» planteado en la doctrina Monroe (1823), cuyo lema «América para los americanos» sintetizó la actitud de los Estados Unidos, que asumió como misión histórica la divulgación de su cultura y su forma de vida sobre el resto de la región. Desde esta concepción, se convocó a la Primera Conferencia Panamericana realizada en Washington en 1889. En el marco de la diplomacia del dólar y de la política del «garrote», el panamericanismo se propone como alternativa al panlatinismo, para reemplazar la dicotomía latino/sajón por la de América/Europa. La definición poseía fundamentos geográficos, ya que aglutinaba a todo territorio continental. Bajo el manto de la cooperación se escondía el interés norteamericano de aumentar la injerencia de las economías de la región.

La política del panamericanismo tuvo gran resistencia en la región, en particular en aquellos países alejados de la injerencia norteamericana tales como la Argentina. Además, la guerra hispanoestadounidense que desembocó con la independencia formal de Cuba acrecentó el sentimiento antinorteamericano.

El surgimiento de la generación del 900 primero y, luego, las corrientes antiimperialistas de la década de 1920 expresaron esta situación. Estados Unidos respondió con intervenciones militares directas en territorio caribeño y centroamericano, lo que acrecentó aún el sentimiento opositor. A pesar del esfuerzo estadounidense por impulsar las conferencias panamericanas y cambiar sucesivamente de sede de su funcionamiento (México, Brasil, Argentina, Chile, Cuba), esta política no logró imponerse hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el país del norte se constituyó en una potencia de primer orden. A partir de allí, Estados Unidos intentó aplicar esta política durante todo el siglo XX, bajo diferentes formas y estrategias, tal como la propuesta de los Tratados de Libre Comercio (TLC) bilaterales y mediante la implementación del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), sepultado por la resistencia de los gobiernos populares del sur en la Cumbre de las Américas realizada en 2005 en la ciudad de Mar del Plata (Buenos Aires, Argentina).



Tercera conferencia Panamericana en Río de Janeiro, 1906.

PATRIA GRANDE

Este término fue acuñado en el contexto de las guerras de emancipación contra España a principios del siglo XIX. José Gervasio Artigas utilizó esta expresión en su correspondencia para hacer referencia a la confederación de Estados americanos que proponía construir. Federalismo y americanismo definían el programa político del caudillo oriundo de la Banda Oriental del Río de la Plata. Pero el vocablo Patria Grande no definía al conjunto de América Latina, sino a Hispanoamérica porque



Novena Conferencia Panamericana en Bogotá, 1948.

Brasil aún se encontraba bajo dominio portugués, quienes proyectaban invadir la Banda Oriental. Cuando —luego de la guerra entre el Imperio del Brasil y las Provincias Unidas— la Banda Oriental obtuvo su independencia y se convirtió en la República Oriental del Uruguay, el protector de los pueblos libres afirmó: «Yo no tengo patria»; era consciente que el proyecto de unidad continental de Bolívar, San Martín, Monteagudo, había sido vencido.

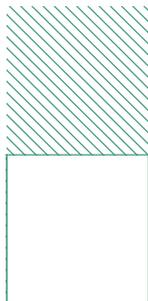
Pero la categoría utilizada por Artigas resurgió y se popularizó en la segunda década del siglo XX, cuando el argentino Manuel Ugarte publicó en Madrid, su obra *La Patria Grande* (1922). Se recopilaban numerosos discursos que había realizado en diferentes países de América Latina, incluyendo en esta oportunidad a Brasil. Al respecto, el pensador uruguayo Methol Ferré afirma: «En América Latina aparece la gran generación del novecientos, que inicia el latinoamericanismo del siglo xx. Inaugura intelectualmente la visión de recuperar la unidad del gran círculo cultural latinoamericano, más

Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Luiz Inácio Lula da Silva.



allá de la desarticulación de los Estados-ciudad o polis oligárquicas, exportadoras de materias primas. El nuevo paradigma norteamericano lleva al renacimiento de la Patria Grande en el corazón fragmentado de las patrias chicas dependientes. Y lo que es más importante, este nuevo unionismo incluía a Brasil, y surgía así la primera generación latinoamericana. Esta es una diferencia capital con la problemática de la independencia, que había sido solo hispanoamericana. La denominación de Torres Caicedo y de Francisco Bilbao de «América Latina» se volvía común (Ferre, 2009). En sus discursos Manuel Ugarte sostiene que:

... La patria grande en el mapa solo será un resultado de la patria grande en la vida cívica. Lejos de asomar antinomia, se afirma compenetración y paralelismo entre el empuje que nos lleva a perseguir la estabilización de nuestras nacionalidades inmediatas, y el que nos inclina al estrecho enlace entre los pueblos afines (Ugarte, 1939).



En la segunda mitad del siglo XX, este término fue resignificado por pensadores nacionales que aplicaron este concepto también para referirse al conjunto de Latinoamérica. El ya citado Methol Ferré, el argentino Jorge Abelardo Ramos, entre otros, fueron algunos de estos exponentes. Ramos afirmaba:

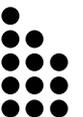
... Nadie ignora que la Patria Grande, vale decir la herencia hispano-lusitana que hemos recogido los latinoamericanos como propia, ha sido fragmentada por obra de dos factores determinantes: uno de ellos son los intereses extranjerizantes de las oligarquías portuarias de toda América Latina y el otro es la intervención decisiva que han puesto en nuestra impotencia y balcanización las grandes potencias imperialistas (Ramos, 1968).

El avance del proyecto neoliberal a partir de 1970, trajo como consecuencia el cuestionamiento de categorías que eran consideradas anacrónicas. Conceptos como explotación, imperialismo, Patria Grande, fueron desapareciendo de los escritos políticos y también de las producciones de los círculos intelectuales. Pero, a partir del avance de los gobiernos populares y nacionales y los procesos de integración regional a principios del siglo XXI, la situación comenzó a cambiar. El freno a la iniciativa de los Estados Unidos de imponer un área de libre comercio a nivel continental (2005), la formación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y de la Confederación de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), fueron determinantes para la gestación de una nueva etapa en política exterior orientada a la integración regional. El término Patria Grande entonces, comenzó a ser utilizado en los discursos políticos de los líderes de los países con vocación integracionista. Hugo Chávez, Rafael Correa, Evo Morales, Luiz Inácio Lula da Silva, José Mujica, Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner, Fidel Castro, fueron los principales referentes regionales que reivindicaron esta forma de llamar a Nuestra América. En su última carta dirigida a la CELAC, Chávez escribió:

... Imposible no sentir a Simón Bolívar palpitando entre nosotros en esta cumbre de la unidad. Imposible no evocar a Pablo Neruda, a Pablo de Chile y de América, en esta tierra y en este presente de Patria Grande del que estamos hechos (...) La justicia está incontestablemente del lado de Cuba y de la Argentina. Si somos una nación de repúblicas, nuestra soberanía es la de toda la Patria Grande, y debemos hacerla respetar. Cuando resuena el fúnebre sonido de los tambores de la guerra en el mundo, cuánto valor tiene que los Estados de América Latina y el Caribe estemos creando una zona de paz donde se respete celosamente el derecho internacional y se reivindique la solución política y negociada de los conflictos. Tenemos el deber de anteponer a la lógica de la guerra una cultura de la paz, sustentada en la justicia y en la igualdad (Chávez, 23 de enero de 2013).

SURAMÉRICA, SUDAMÉRICA O AMÉRICA MERIDIONAL

Si bien su origen se vincula con la definición geográfica, fue utilizado en diversas oportunidades para referirse al conjunto del territorio al sur del Río Bravo. A principios del siglo XIX, en el marco de las luchas por la emancipación, Simón Bolívar utilizó este término como sinónimo de «Hispanoamérica», en contraposición con los Estados Unidos de Norteamérica, por aquel entonces recién independizados. En el mismo sentido, Bolívar utilizaba el término «América Meridional». Alexander von Humboldt, el «segundo descubridor» como se lo ha denominado, también utilizó la denominación «América Meridional», interpretando que era un vocablo que hacía referencia a un área cultural más que geográfica.



BIBLIOGRAFÍA

- Ansaldi, W. & Giordano, V. (2012). *América Latina. La construcción del orden*. Buenos Aires: Ariel.
- Arciniegas, G. (1965). *El continente de los siete colores. Historia de la cultura en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Biagini, H. (2000). *Lucha de ideas en Nuestramérica*. Buenos Aires: Leviatán
- Carta de Hugo Chávez a la CELAC, 28 de enero de 2013.
- Cerutti Guldberg, H. (2000). *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. México: Ed. Miguel Ángel Porrúa/ UNAM.
- Chiaramonte, J., Marichal, A. & Granados, C. (coord.). (2008). *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Eggers-Brass, T. (2006). *Historia Latinoamericana. 1700-2005: sociedad, cultura, procesos políticos y económicos*. Ituzzaingo: Maipue,
- Fernández Retamar, R. (1978). *Nuestra América y el Occidente*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ferré, M. (2009). *Los Estados continentales y el Mercosur*. Montevideo: Ensayo.
- Filippi, A. (1999). Colón y el tercer viaje en la obra de Paolo Emilio Taviani (y sobre los nombres de Venezuela y de América). En Zea, L. y Magallón, M. (comp.). *De Colón a Humboldt*. México: FCE.
- ————— (2010). Bicentenarios: integración plurinacional y crítica del etnocentrismo nacionalista. *Cuadernos Americanos* 132, pp. 67-92.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- ————— (2014) *América Latina: los nombres del nuevo mundo*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, ciencia y tecnología, presidencia de la Nación
- Gómez, M. A. (2011). *Iberoamérica y América Latina. Identidades y proyectos de integración*. La Habana: Manuel García Verdecia.
- Guerra Villaboy, S. (2006). *Breve historia de América Latina*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Haya de la Torre, R. (1931). *Construyendo el Aprismo*. Buenos Aires: Claridad.
- Jaguaribe, H. (1961). *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*. Buenos Aires: Coyoacán.
- Marcou, J. (1875). *Sobre el origen del nombre América*. París: Sociedad Geográfica de París.
- Mariátegui, J. C. (1980). *Temas de Nuestra América*. Lima: Amauta.
- ————— (1925). *Peruanicemos al Perú*. Lima: Amauta.
- ————— (1928). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Minerva.
- ————— (1979), Punto de vista antiimperialista, en *Obra política*. México: Era.
- Martí, J. (1891). *Nuestra América*. Nueva York: Revista Ilustrada.

- Palma, R. (1896). *Neologismos y americanismos*.
- Ramos, J. A. (1-10-1992) Entrevista. Disponible en:
<http://www.lapatriagrande.com.ar/jarEntrevistaLPGbolivarMS.php>
- _____ (1968). *Historia de la nación latinoamericana*. Consultado el 10-10-2014. Disponible en:
<http://jorgeabelardoramos.com/libros/51/Jorge%20Abelardo%20Ramos%20-%20Historia%20de%20la%20Nacion%20Latinoamericana.pdf>
- Recondo, G. (2003). *El sueño de la Patria Grande. Ideas y antecedentes integracionistas en América Latina*. Buenos Aires: Ciccus.
- Rojas Mix, M. (1997). *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Costa Rica: Lumen.
- Sader, E. (coord.). (2010). *Enciclopedia de América Latina*. Buenos Aires: Clacso-Página 12.
- Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- Torres Caicedo, J. M. (1879). *Los principios de 1879 en América*, s/d.
- Ugarte, M. (1922). *La Patria Grande*. Madrid: Internacional.
- Vitale, L. (2002). *De Bolívar al Che. La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana*. Buenos Aires: Cucaña.